

to, vituperado por sus obras, se le dió en lugar de aquel el nombre de hijo de Vénus. Al fin encerrado por Sila en Preneste, y haciendo en vano mil diligencias por alargar la vida, cuando vió que no le quedaba remedio perdida la ciudad, se dió á sí mismo la muerte.

La comparacion de Pirro y Mario no existe.



LISANDRO.

El tesoro de los Acancios tiene en Delfos esta inscripcion: *Brasidas y los Acancios de los Atenenses*. Por esta causa piensan muchos que la estatua de piedra que hay dentro del templo junto á la puerta es de Brasidas, siendo así que es un retrato de Lisandro, con gran cabellera á la antigua, y con una barba muy crecida, pues no por haberse cortado el cabello los Argivos por luto despues de un gran derrota lo dejaron crecer los Esparciatas, tomando la contraria ensoberbecidos con la victoria, que es la opinion de algunos; ni tampoco adoptaron esta costumbre de usar cabello largo, á resulta de haberles parecido despreciables y feos los Baquiadas, que de Corinto se acogieron á Lacedemonia, por tener el cabello cortado; sino que esta fue tambien institucion de Licurgo; de quien se refiere haber dicho que el cabello á los hermosos les daba mas gracia, y á los feos los hacia mas terribles.

El padre de Lisandro Aristocrito se dice que aunque no era de casa real, era del linaje de los Heráclidas. Crióse Lisandro en la pobreza, y desde luego se mostró dócil, como el que mas, á las instituciones de Esparta, valiente y domador de todos los placeres, á excepcion solamente de aquel que resulta al hombre de vencer, y de ser honrado por sus grandes hechos: porque no es en Esparta reprehensible el que los jóvenes se dejen dominar de este placer, sino que quieren que desde el principio se sientan inflamados del deseo de gloria, entristeciéndose con las reprensiones, y engridándose

con las alabanzas; y al que lo ven impasible é inalterable en cuanto á estos sentimientos, teniéndole por indiferente á la virtud, y por desidioso, lo desprecian. Así lo que habia en él de ambicion y de emulacion le quedó de la educacion patria, sin que en ello pudiera atribuirse gran parte á la naturaleza. Fue sí por carácter mas obsequiador de los poderosos, y mas acomodado á sufrir el ceño de la autoridad, cuando lo exigia el caso, de lo que convenia á un Esparciata; lo que sin embargo dicen algunos ser una parte muy principal de la política. Aristóteles cuando dice que los grandes ingenios son melancólicos, como el de Sócrates, el de Platon y el de Hércules, refiere que Lisandro no cayó en este afecto desde luego, sino cuando ya era anciano. Lo propio y peculiar de su índole fue el que supo llevar con gran espíritu la pobreza, no siendo nunca dominado ni corrompido por los intereses: así es que con haber llenado su patria de riqueza y de la codicia de ella, no siendo ya admirada como antes de que no la tenia en admiracion, y haber introducido gran copia de oro y plata despues de la guerra de Atenas, no reservó para sí ni una sola dracma. Enviándole Dionisio el Tirano para sus hijas unas túnicas de mucho precio, de las que se usaban en Sicilia, no las quiso recibir, temiendo, decia, que con ellas habian de parecer mas feas. Con todo de allí á poco, habiendo sido enviado por embajador de su ciudad cerca del mismo tirano, remitiéndole este dos esclavas para que escogiese y llevase á su hija la que mas le agradara, respondió, ser mejor, que ella misma eligiese, y se marchó llevándose las ambas.

Iba alargándose la guerra del Peloponeso, y despues de las derrotas de los Atenenses en Sicilia se preveia al principio que decaerian del imperio del mar, y al cabo de bien poco que perdieran del todo su poder; pero encargado Alcibiades de los negocios, revocado que fue su destierro, causando en todo una gran mudanza, los puso en estado de poder hacer frente en los combates navales. Concibiendo pues miedo otra vez los Lacedemonios, é inflamados sin embargo del deseo de la guerra, necesitando un general hábil y poderosas prevenciones, confirieron á Lisandro el mando de la armada na-

val. Trasladado á Efeso, y hallando que la ciudad le era afectada, y sumamente adicta á la causa de los Lacedemonios, pero que se veía mortificada y en peligro de tornarse bárbara contrayendo las costumbres de los Persas, por las continuas mezclas de unos con otros, por la proximidad de la Lidia, y porque los generales del Rey por lo comun residian en ella; fijando él allí sus reales, y disponiendo que las naves de carga acudiesen de todas partes á aquel punto, llenó sus puertos de mercaderías, de negociaciones su plaza, y de riqueza sus casas y talleres: de manera que desde aquel tiempo tuvo ya por Lisandro la esperanza de la magnificencia y poder de que ahora disfruta.

Noticioso de que Ciro, hijo del Rey, venia á Sardis, subió á tratar con él, y á acusar á Tisafernes, de que aparentando dar auxilio á los Lacedemonios, y querer expeler del mar á los Atenienses, parecia sin embargo que ganado por Alcibiades habia perdido su actividad; y que con proveer á los gastos de la escuadra con escasez se proponia destruirla. Tenia deseo el mismo Ciro de encontrar en falta á Tisafernes, y de que se le hablara mal de él, porque le conceptuaba malo, y porque habia entre los dos particulares motivos de disgusto. Mirado Lisandro con aprecio por este motivo y por toda su conducta, principalmente se atrajo con su obsequioso trato el afecto de aquel jóven, al que confirmó en las ideas de guerra; y cuando ya estaba para retirarse, dándole Ciro un banquete, le encargó que de ningun modo desechara su disposicion á complacerle, sino que dijese y pidiese cuanto quisiera, porque en nada seria desatendido. Entonces Lisandro le salió al encuentro diciendo: Pues que tal es, ó Ciro, tu buena voluntad, te pido y te exhorto á que añadas un óbolo al prest de los marineros, de manera que perciban cuatro óbolos en lugar de tres. Complacido Ciro con esta honrosa peticion, le entregó diez mil daricos, con los que aventajando en el óbolo á los marineros, y mejorando su condicion, en poco tiempo dejó vacías las naves de los enemigos; porque el mayor número se iba al que daba mas; y los que quedaban se volvían desidiosos é insubordinados, no dando sino disgustos á sus generales. Mas aun con haber

dejado tan solos á los enemigos, y haberles hecho tantos males, huía receloso de un combate naval, temiendo á Alcibiades, que sobre ser hombre activo, y tener mayores fuerzas, en cuantas batallas se habia encontrado hasta entonces por mar y por tierra en todas habia salido vencedor.

Sucedió á poco que haciendo Alcibiades viajes á Focaea desde Samos, y dejando con el mando de la armada á Antioco; este, como para insultar á Lisandro, se dirigió orgulloso con dos galeras al puerto de Efeso, pasando con arrogancia y con algazara y burla por delante de la escuadra; de lo que irritado Lisandro, desde luego no despachó sino unas cuantas galeras en su persecucion; pero viendo que los Atenienses le daban auxilio de su parte, envió luego otras, y al fin vino á trabarse un combate naval, en el que venció Lisandro, y tomando quince galeras erigió un trofeo. El pueblo de la capital de Atenas, disgustado con este suceso, quitó el mando á Alcibiades, y como tambien los soldados que habia en Samos le denostasen é impropersasen, se retiró del campamento al Quersoneso. No fue esta batalla en sí misma de grande entidad; pero la fortuna le dió nombradía por causa de Alcibiades. Lisandro de su parte hizo concurrir á Efeso de las otras ciudades á aquellos sugetos que observó sobresalian en valor y prudencia; con lo que echó disimuladamente las primeras semillas de las innovaciones y mudanzas de gobierno, que introdujo mas adelante. Procuró pues excitarlos é inflamarlos á que formaran ligas y cofradías entre sí, y á que se aplicaran á los negocios, para que en el mismo momento de ser excluidos los Atenienses, quitaran el gobierno democrático, y mandaran ellos en su respectiva patria. Cumplió á su tiempo á cada uno de estos con obras la palabra que les habia dado, elevando á los que habia hecho sus amigos y huéspedes á los mayores honores, comisiones y mandos, sin reparar en ser él tambien injusto, y en cometer errores por servir á la codicia de ellos; de donde provino que todos le tenian consideracion, le obsequiaban y deseaban, con la esperanza de que podrían aspirar á las mayores cosas si él quedaba vencedor; por lo cual al principio vieron con que disgusto iba Calicrátidas á sucederle; y aun despues,

cuando ya este habia dado pruebas de ser el hombre más recto y justo, no estaban contentos con su modo de gobernar, que tenia mucho de la verdad y sencillez dorica; sino que admirando su virtud á la manera que la belleza de una estatua heróica, echaban menos la actividad de aquel, y buscaban su condescendencia con los amigos, y la utilidad que les provenia: así es que cuando partió se desconsolaron, y llegaron hasta derramar lágrimas.

Contribuia él tambien por su parte á indisponerlos todavía mas con Calicrátidas; y lo que restaba aun del dinero que Ciro le habia dado para la escuadra, lo volvió á remitir á Sardis, diciendo que el mismo Calicrátidas lo pidiese, ó viera de donde habia de sacar con que mantener á los soldados. Finalmente al estar para partir, tomó testigos de que entregaba la armada dueña del mar; mas queriendo aquel reprender su vana y presuntuosa ambicion, pues ¿Por qué, le dijo, dejando á la izquierda á Samos, y navegando á Mileto, no me hace allí la entrega de la armada? puesto que si somos dueños del mar, en él no tenemos por que temer á los enemigos que se hallan en Samos; pero respondiéndole Lisandro que ya no tenia mando, sino que él era quien estaba encargado de la escuadra, tomó la vuelta del Peloponeso, dejando á Calicrátidas en el mayor apuro. Porque ni á su venida habia traído fondos de Esparta, ni le sufria su corazón recogerlos por fuerza de las ciudades que estaban infelices. No le quedaba pues otro recurso que ir, como Lisandro, á tocar las puertas de los generales del Rey, y mendigarlos de ellos, para lo que era el menos á propósito del mundo; porque como hombre libre y de elevados pensamientos creia que cualquiera derrota de los Griegos era para la Grecia toda mas honrosa, que el adular y presentarse ante las puertas de unos bárbaros, que fuera de poseer mucho oro nada bueno tenían. Precisado sin embargo de la estrechez, subiendo á la Lidia, marchó en derechura á la casa de Ciro, y mandó decir que Calicrátidas, el comandante de la escuadra, estaba allí, y queria hablarle; pero como uno de los que servian á la puerta le diese la respuesta de que Ciro no estaba entonces de vagar, porque bebia: Pues nada malo hay

en eso, le contestó, porque yo me esperaré aquí hasta que haya bebido. Parecióles á aquellos bárbaros que era un hombre muy inurbano, y como observase que se reian de él, se marchó. Volvió segunda vez á la puerta; y no siendo admitido, incomodado de ello, marchó á Efeso, echando mil imprecaciones contra los primeros que fueron corrompidos con el lujo de los bárbaros, y que los enseñaron á ser insolentes á causa de su riqueza; y jurando ante los que se hallaban presentes, que apenas se viese en Esparta haria todo cuanto le fuese posible porque se reconciliaran entre sí los Griegos, y porque haciéndose temibles á los bárbaros, se dejaran de implorar la fuerza de estos unos contra otros.

Mas Calicrátidas, que pensaba de un modo digno de Esparta, y que competia en justicia, en magnanimidad y valor con los mas elevados varones de la Grecia, vencido al cabo de poco tiempo en el combate naval de Arginusas, perdió en él la vida; con lo que los negocios tomaron mal aspecto; y enviando los aliados embajadores á Esparta, pidieron por comandante de la armada á Lisandro, á causa de que mandando él concurrirían con mejor voluntad á lo que fuese menester; y tambien Ciro les escribió con el propio objeto. Mas como hubiese una ley que no permitia que uno mismo mandase dos veces la armada, deseando los Lacedemonios dar gusto á los aliados, en la apariencia crearon general á un tal Araco; pero mandando á Lisandro de enviado en el nombre, en la realidad le hicieron el arbitro de todo; lo que se ejecutó así muy segun el deseo de los que gobernaban y tenían el principal influjo en las ciudades: porque esperaban que todavía habian de adelantar por él en poder despues de disuelto el gobierno popular. Pero para los que gustaban mas de un modo de gobernar sencillo y generoso, comparado Lisandro con Calicrátidas, parecia astuto y solapado, usando en la guerra de diversas clases de engaños, y celebrando lo justo cuando iba unido con lo provechoso; mas sino, empleando lo útil como si fuera honesto; porque no creia que la verdad fuese por naturaleza preferible á la mentira, sino que por el provecho discernia el aprecio que habia de darse á una ú otra; y á los que le decian no ser digno de los des-

cedientes de Hércules el hacer con engaños la guerra, los mandaba á pasear ; diciendo que donde no alcanzaba la piel de leon, se habia de coser un poco de la zorra.

Que era este su carácter se confirme con lo que se dice haber hecho en Mileto : porque habiendo prometido á sus amigos y huéspedes que les ayudaria á desatar la democracia, y desterrar á los contrarios ; como aquellos hubiesen mudado de propósito, y reconciliándose con sus enemigos, lo que es públicamente, fingió que se holgaba mucho de ello, y tomaba parte en la reconciliacion ; pero en secreto los reprendia y vituperaba, excitándolos á sobreponerse á la muchedumbre. Cuando ya tuvo noticia de la insurreccion, partió inmediatamente á auxiliarla, y entrando en la ciudad, á los primeros con quienes tropezó de los insurgentes los maltrató de palabra, y se les mostró irritado, como si hubiera de tomar venganza de ellos ; y á los otros les inspiraba confianza, dándoles á entender que nada desagradable temieran mientras él estuviese allí ; haciendo uso de estas ficciones y de estos diferentes papeles, con la mira de que no huyesen los demócratas y de mayor poder, sino que permaneciesen en la ciudad, para quitarles la vida, como efectivamente sucedió, porque perecieron todos cuantos se confiaron. Tambien nos ha conservado Andróclidas una expresion de Lisandro, que depone contra su indiferencia en materias de juramentos ; porque segun dice era su opinion que á los niños se les habia de engañar con dados, y á los hombres con juramentos : tomando malamente por modelo un general á un tirano, esto es Lisandro á Polícrates de Samos : fuera de que no era muy Espartano, sobre ser muy inicuo, el haberse mal así con los Dioses como con los enemigos : porque el que abusa para engañar del juramento, reconoce que teme á su enemigo, y que insulta á Dios.

Llamó Ciro á Sardis á Lisandro, y dándole diferentes cosas, le prometió otras, diciendo con ardor juvenil en su obsequio, que aun cuando nada diera su padre, pondria en mano de Lisandro cuanto á él le pertenecia ; y á falta de todo se desharia del trono en que daba audiencia, que era todo de oro y plata. Finalmente que subiendo á la Media

trataria con el padre de que aquel recogiese los tributos de las ciudades, para lo que le hacia entrega de su autoridad. Despidiéronse, y rogándole que no combatiera con los Atenienses antes que él volviese, porque volveria trayendo muchas naves de la Fenicia y la Cilicia, subió adonde estaba el padre. Lisandro no pudiendo combatir ni aun con iguales fuerzas, ni tampoco estarse sin hacer nada con tan gran número de naves, dando la vela, atrajo á algunas de las islas ; y á Egina y Salamina, penetrando en ellas, las taló. Subiendo despues al Atica, pasó á saludar á Agis, bajando para esto desde Decelia, é hizo ante el ejército de tierra, que allí se hallaba, ostentacion de sus fuerzas navales, como que podia por mar aun mas de lo que queria ; y con todo como los Atenienses fuesen en su persecucion, huyó por medio de las islas apresuradamente al Asia ; donde hallando desamparado el Helesponto, acometió él mismo desde el mar con las naves á Lamsaco ; y Torax, acudiendo tambien con las tropas de tierra al mismo punto, combatió las murallas, con lo que tomó la ciudad á viva fuerza, permitiendo á los soldados que la saqueasen. Hacia vela á la sazón la armada de los Atenienses, fuerte de ciento y ochenta galeras, á Eleunte del Quersoneso ; pero con la noticia de haberse perdido Lamsaco, tomaron al punto rumbo para Sesto ; y provistos allí de viveres se dirigieron á Egeotamos en frente de los enemigos, que todavia estaban sueltos en Lamsaco. Eran generales de los Atenienses varios otros, y Filocles, aquel que antes habia persuadido al pueblo que se hiciera ley para que se cortara el dedo pulgar de la mano derecha á los que se cautivasen en la guerra, á fin de que no pudieran llevar la lanza, pero sí manejar el remo.

Nada hicieron por entonces ni unos ni otros, esperando que al dia siguiente se combatirán las escuadras ; pero muy distinto era el pensamiento de Lisandro ; el cual sin embargo dió orden á los marineros y pilotos, como si al otro dia al amanecer se hubiera de pelear, de que montasen las galeras, y esperasen en formacion y con silencio la disposicion que se les comunicase ; y de la misma manera mandó que el ejército de tierra aguardara igualmente sin moverse. Al salir el

sol los Atenieses se presentaron de frente provocándolos con todas sus naves; y él con tener las suyas en órden y bien tripuladas desde la noche, no se hizo al mar; y antes por sus edecanes envió avisos á las naves principales para que permanecieran en su puesto, sin inquietarse ni salir contra los enemigos. Hubiéronse de retirar ya al oscurecer los Atenieses; y él sin embargo no permitió á los soldados desembarcarse sin haber despachado antes de exploradoras dos ó tres galeras, y haber vuelto estas con la noticia de que habian visto saltar en tierra á los enemigos. Ejecutóse enteramente lo mismo el dia siguiente, y el tercero y el cuarto: de manera que los Atenieses concibieron la mayor confianza, y empezaron á mirar con desprecio á los enemigos, como que les temian y les habian cobrado miedo. En tanto Alcibiades, que se hallaba todavía en el Quersoneso detenido en una de sus plazas, marchando á caballo al ejército de los Atenieses, increpó á los generales primeramente de haber anclado en una costa mal segura y abierta, y en segundo lugar de que hacian mal en ir lejos á tomar las provisiones de Sesto, cuando les convenia no apartarse mucho de esta ciudad y su puerto, manteniéndose á distancia de unos enemigos que estaban á las órdenes de un hombre solo, obedeciéndole en todo por miedo á la menor señal. Estas lecciones les daba; mas ellos no le prestaron oídos, y aun Tideo lo despidió con enfado, diciéndole que no era Alcibiades, sino otros los que mandaban.

Separóse pues de ellos Alcibiades, no sin alguna sospecha de que eran traidores á su patria. Hicieron los Atenieses al quinto dia su navegacion y retirada segun costumbre, con gran desden y desprecio; y Lisandro, al enviar las naves exploradoras, encargó á los capitanes que inmediatamente despues de haber visto desembarcarse á los Atenieses, se apresurasen á volver, y al estar en medio de la travesía levantasen en alto por la proa un escudo de bronce en señal de que debian hacerse á la vela. En tanto convocaba á los pilotos y capitanes y los exhortaba á que cada uno tuviese á bordo y en órden á todos los individuos de la marinería y tripulacion, y á la primera señal moviesen aceleradamente

contra los enemigos. Luego que de las naves se levantó en alto el escudo, y se dió de la capitana la señal con la trompeta, salieron al mar las naves, y el ejército de tierra marchó por la costa hácia el promontorio; y siendo la distancia que habia entre ambos continentes de quince estadios, con la diligencia y ardor de los remeros en breves instantes fue vencida. Conon fue el primero de los generales Atenieses que divisó en el mar la escuadra, é inmediatamente esforzó la voz para que se embarcaran; y sintiendo ya el mal que les habia sobrevenido, convocaba á unos, rogaba á otros, y á otros los obligaba á tripular las naves; pero toda su diligencia era en vano, estando la gente dispersa; pues luego que saltaron en tierra unos habian marchado á tomar víveres, otros andaban divertidos, y otros dormian en las tiendas muy distantes todos de aquel apuro y menester por impericia de sus generales. Cuando ya los enemigos estaban encima con grande griteria y alboroto, Conon se hizo á la vela con ocho naves, y se retiró á Chipre al amparo de Evagoras; pero cargando sobre las demas los del Peloponeso, de ellas tomaron unas enteramente vacías, y desbarataron otras que ya estaban tripuladas. De la gente unos murieron cerca de las naves cuando desarmados corrian á defenderlas, y otros recibieron la muerte mientras huian por tierra, desembarcándose al efecto los enemigos. Tomó Lisandro cautivos á tres mil hombres, incluso los generales y la armada entera, á excepcion de la galera de Aralo y las que Conon llevó consigo. Amarradas pues las naves y saqueado el campamento, navegó al son de las trompetas y entonando canciones triunfales la vuelta de Lamsaco; habiendo ejecutado con el menor trabajo la mayor hazaña, y abreviado en una hora sola un tiempo muy dilatado, por haber terminado en ella de un modo increíble la guerra mas encarnizada y de mas varios casos de fortuna entre cuantas la habian precedido; la cual, despues de una indecible alternativa de sucesos y de la pérdida de mas generales que los que fallecieron en todas las demas guerras de la Grecia, fue de este modo fenecida por el tino y habilidad de un hombre solo: así es que esta hazaña fue calificada de divina.

Hubo algunos que dijeron haber visto, al punto mismo de salir contra los enemigos la nave de Lisandro brillar de una y otra parte sobre el timon de ella la constelacion de los Dióscuros con grandes resplandores; y otros afirman que la caída de la piedra fue señal de este acontecimiento, porque, como es opinion comun, cayó del cielo hácia Egospotamos una piedra de gran tamaño, la que muestran todavía en el dia de hoy, siendo tenida en veneracion por los del Quersoneso. Refiérese haber predicho Anaxágoras, que verificándose algun desnivel ó alguna conmocion de los cuerpos que estan sujetos en el cielo, habria rompimiento y caída de uno que se desprendiese, y que no está cada una de las estrellas en el lugar en que apareció; porque siendo por su naturaleza pedregosas y pesadas, resplandecen por reflejo y refraccion del aire, y son arrebatadas por el poder y fuerza de la esfera donde estan sujetas; como lo quedaron en un principio para no caerse acá, cuando lo frio y pesado se separó de los demas seres. Pero hay otra opinion mas probable de los que afirman que las estrellas que caen, no son corrimiento ó destruccion del fuego etéreo que se apaga en el aire al mismo encenderse; ni tampoco incendio y resplandor del aire, que inflamándose asciende por su gran copia á la region superior, sino desprendimiento y caída de los cuerpos celestes, como por ceder y perder su fuerza el movimiento de rotacion á causa de estremecimientos; los que no los llevan á puntos habitados de la tierra, sino que muchos van á caer al gran mar, por lo que despues no aparecen. Mas con el dicho de Anaxágoras conforma la relacion de Damaco, quien en su tratado de *la piedad* expresa que antes de caer la piedra por setenta y cinco dias continuos se observó en el cielo un cuerpo encendido de gran magnitud á manera de nube de fuego, no quieto, sino movido en diferentes giros y direcciones; el cual siendo llevado de una parte á otra, con la agitacion y el mismo movimiento se partió en pedazos tambien encendidos, y que centelleaban como las estrellas que caen. Luego que cayó en aquel punto, y que los naturales se recobraron del miedo y sobresalto, acudieron á él, y no encontraron de fuego ni una señal siquiera, sino una piedra tendida en el suelo,

grande sí, pero que no conservaba ni la mas pequeña parte de aquella circunferencia que apareció inflamada. Es bien claro que necesita Damaco lectores demasiado indulgentes; pero si su relacion es cierta, convence con bastante fuerza á los que sostienen haber sido aquella una piedra, que arrancada de alguna elevacion por los vientos y los huracanes, se mantuvo y fué llevada en el aire como los torbellinos, hasta que se desplomó y cayó en el momento que cedió y aflojó la fuerza que la tenia elevada: á no ser que realmente fuese fuego lo que se vió por muchos dias, y que de su extincion y destruccion resultasen vientos y agitaciones fuertes que despues hiciesen caer la piedra. Pero estos objetos son mas bien para tratados en otra especie de escritos.

Lisandro, despues que en consejo fueron condenados á muerte los tres mil Atenienses que habia tomado cautivos, hizo llamar al general Filocles, y le preguntó ¿qué sentencia pronunciaba contra sí mismo, que tales consejos habia dado á sus conciudadanos contra los Griegos? Mas este, sin mostrar abatimiento ninguno en aquel trance, le contestó era en vano acusar por cosas de que ninguno era juez competente; y que como vencedor mandara ejecutar lo que vencido habria tenido que sufrir. Lavóse despues, y vistiéndose un rico manto, se puso al frente de sus conciudadanos para ser llevado á la matanza segun escribe Teofrasto. Recorrió luego Lisandro las ciudades, y á quantos Atenienses encontraba á todos les intimaba que marchasen á Atenas, porque no tendria indulgencia con ninguno, sino que haria dar la muerte á quantos hallase fuera de la ciudad; lo que ejecutaba enviándolos á todos á la capital, porque era su ánimo que en ella hubiese una grande hambre y carestía, para que no le diesen mucho que hacer con el cerco, sufriendole en la abundancia. Disolvió pues las democracias y demas gobiernos, y en cada ciudad dejó un gobernador lacedemonio y diez magistrados tomados de las cofradías que á su orden se habian establecido; lo que ejecutó, igualmente que en las ciudades enemigas, en las aliadas; y libre con esto de cuidados, volvió al mar, habiendo adquirido para sí en cierta

manera la comandancia de toda la Grecia. Porque no tomaba los magistrados ni de la clase de los nobles, ni de la de los ricos; sino que todo lo hacia en obsequio de sus amigos y sus huéspedes, constituyéndolos árbitros de las recompensas y de los castigos; con lo que, y prestarse él mismo á los asesinatos que aquellos ejecutaban, y á desterrar á los contrarios de sus enemigos, no dió la mas favorable idea del mando de los Lacedemonios. Así debe entenderse que chocheaba el historiador Teopompo cuando comparó á los Lacedemonios con los taberneros, por cuanto habiendo dado á los Griegos, á probar la excelente bebida de la libertad, luego les habian echado vinagre; pues que desde luego fue muy desabrida y amarga su bebida, no permitiendo Lisandro que los pueblos fuesen independientes en sus negocios, y poniendo las ciudades en manos de unos cuantos, y estos los mas atrevidos é insolentes.

Habiendo gastado bien corto tiempo en estas cosas y despachado á Lacedemonia quien anunciase que venia con doscientas naves, en las costas del Atica se juntó con los reyes Agis y Pausanias, con el propósito de tomar sin dilacion la ciudad; mas como los Atenieses se defendiesen, vuelto á las naves, pasó otra vez al Asia, y en todas las ciudades sin distincion anuló los gobiernos que tenian y estableció los decemviro, con muerte en cada una de muchos y con fuga de otros tantos. En la isla de Sestos, expeliendo á todos los naturales, dió las ciudades á los que antes habian sido desterrados, y posesionándose de Sestio, ocupada por los Atenieses, no permitió que la habitasen los Sestios; sino que la ciudad y el territorio los dió á los pilotos y á los cómitres de su armada para que se los repartiesen: aunque esto lo reprobaron los Lacedemonios, y restituyeron otra vez los Sestios á su tierra. Las disposiciones que con gusto vieron todos los Griegos fueron la de haber recobrado los Eginetas su ciudad al cabo de mucho tiempo, y la de haber sido restituidos por él los Melios y Escionios, expeliendo á los Atenieses, y obligándolos á reintegrar á aquellos en sus ciudades. Noticioso ya entonces de que la capital se hallaba en mal estado apretada del hambre, navegó al Pireo, y estre-

chó á la ciudad obligándola á admitir la paz con las condiciones que le prescribió. Algunos Lacedemonios dicen que Lisandro escribió á los eforos en estos términos: « Se ha tomado Atenas; » y que los eforos respondieron: « Basta con haberse tomado. » Pero esta relacion ha sido así compuesta por decoro: pues la verdadera resolucion de los eforos fue en esta forma: « Los magistrados de los Lacedemonios han decretado que derribando el Pireo y el murallon, y saliendo de todas las demas ciudades, conserveis vuestro territorio; y bajo las siguientes condiciones tendreis paz; dareis lo que fuere menester; entregareis los pasados, y acerca del número de naves hareis lo que allí se determine. » Este decreto le admitieron los Atenieses á persuasion de Teramenes, hijo de Agnon; y aun se dice que como Cleomedes, uno de los demagogos jóvenes, le replicase, ¿por qué se atrevia á obrar y proponer lo contrario que Temístocles, entregando á los Lacedemonios unas murallas que aquel contra la voluntad de estos habia levantado? le respondió: Nada de eso, ó jóven: yo no obro en oposicion con Temístocles, pues si él para la salud de los ciudadanos levantó estas murallas, por la misma salud las derribamos nosotros; y si los muros hiciesen felices á las ciudades, Esparta seria la mas desdichada de todas, pues no está murada.

Lisandro en el momento en que se hizo dueño de todas las naves, á excepcion de doce, y de las murallas de los Atenieses, lo que se verificó el diez y seis del mes Muniquion, el mismo dia en que se ganó en Salamina la batalla naval contra los bárbaros; resolvió mudar tambien el gobierno, y como los Atenieses lo rehusasen y llevasen á mal, envió á decir al pueblo que estaban en el descubierto de haber quebrantado los tratados, porque subsistian los muros despues de pasados los dias en que debieron derribarse; por tanto que estaba en el caso de deliberar de nuevo acerca de ellos, pues que habian faltado á lo convenido. Algunos dicen que ante los aliados manifestó el dictámen de reducirlos á la esclavitud; y que Erianto de Tebas habia sido de parecer de que la ciudad fuese demolida y el territorio quedase para pasto del ganado. Mas tenida nueva junta, y cantando mientras

bebían uno de Focea aquella entrada del coro de la Electra de Eurípides, que empieza :

Hija de Agamenon, ó Electra, vengo
Al atrio yermo de tu triste alcázar,

se conmovieron todos, y tuvieron por cosa muy dura y abominable el destruir y arrasar una ciudad tan afamada, y que tan ilustres hijos había producido. Lisandro pues, condescendiendo á todo los Atenienses, mandó traer de la ciudad muchas tañedoras de flauta, y reuniéndolas todas en su campo, á son de flauta arrasó los muros é incendió las naves, coronando al mismo tiempo sus cabezas, y aplaudiendo con himnos los aliados, como que en aquel día empezaba su libertad. En seguida sin perder tiempo mudó asimismo el gobierno, estableciendo treinta tiranos en la ciudad, y diez en el Pireo. Puso también guarnición en la ciudadela, nombrado por gobernador á Calibio de Esparta. Sucedió con éste que habiendo levantado la vara para herir á Autólico el gladiador, que es el objeto del convite escrito por Jenofonte, cogiéndole este de las piernas, le levantó en alto y derribó en tierra; de lo que no solo no se incomodó Lisandro, sino que reprendió á Calibio, diciéndole que debía saber mandaba á hombres libres; pero con todo los treinta tiranos quitaron de allí á poco la vida á Autólico, precisamente por hacer obsequio á Calibio.

Hechas estas cosas se embarcó Lisandro para la Tracia, y todo lo que había quedado de los fondos públicos, con cuantos dones y coronas había recibido, siendo muchos los que, como era natural, hacían presentes á un varón de tanto poder y dueño en cierta manera de la Grecia, lo remitió á Lacedemonia por medio de Gilipo el que mandó en Sicilia. Este, según se dice, cortando por abajo las costuras de los sacos, y sacando de cada uno mucho dinero, los volvió á coser después, ignorante de que en cada uno había una factura que expresaba la cantidad. Llegado pues á Esparta, ocultó lo que había sustraído debajo del tejado de su casa, y entregó los sacos á los eforos mostrándoles los sellos; pero abiertos los sacos y contado el dinero, se notó la diferencia

entre la cantidad que resultaba y la de la factura, y hallándose los eforos con este motivo en grande confusión, un esclavo de Gilipo les dijo enigmáticamente que debajo del Cerámico (1) se recogían muchas lechuzas: pues, según parece, la marca de la moneda entre los Atenienses era por lo común una lechuza.

Gilipo, convencido de una maldad tan fea é ignominiosa después de las grandes y brillantes hazañas que antes había ejecutado, voluntariamente se expatrió de Lacedemonia, y los más prudentes de los Esparciatas, temiendo por esto mismo con más vehemencia el poder del dinero, pues veían los efectos que producía en ciudadanos tan principales, increpaban á Lisandro y hacían denuncia á los eforos para que echaran fuera todo oro y toda plata como atractivos de corrupción. Propusieronlo los eforos al pueblo; y Esquirafidas, según Teopompo, ó Flogidas, según Eforo, fue de dictamen de que no debía admitirse dinero ni moneda alguna de oro ó plata en la ciudad, sino usarse solo de la moneda patria. Era esta de hierro apagado antes en vinagre, para que no pudiera otra vez forjarse, sino que por aquella inmersión quedase dura y nada maleable: á lo que se agregaba ser más pesada y de difícil conducción, de manera que en gran número y volumen se tenía poco valor. Y aun corre peligro que en lo antiguo en todas partes fuese lo mismo, usando unos por moneda de tarjas de hierro y otros de bronce; de donde ha quedado que á ciertas de estas tarjas, que corren en gran cantidad, se les llaman óbolos, y dracma á la cantidad de seis óbolos, porque esta era la que abarcaba la mano. Hicieron sin embargo oposición á aquella propuesta los amigos de Lisandro, formando empeño de que el dinero quedase en la ciudad, y lograron se decretase que para el público se introdujese aquella moneda; pero si se hallaba que en particular la poseyese alguno, la pena fuese la de muerte: como si Licurgo temiese al dinero, y no á la codicia de tenerlo; la que no tanto la corta el no poseerle los particulares, como la excita el que la república lo emplee,

(1) El Cerámico podía ser el tejado, y el término y sitio donde se hacían las tarjas, el cual tenía este nombre, así como nosotros le llamamos los tejares.

dándole el uso precio y estimacion : no siendo posible que lo que veian apreciado en público lo despreciasen como inútil en particular; y que creyesen no servir de nada para los negocios domésticos una cosa tan estimada y apetecida en comun : fuera de que con mas facilidad pasan á los particulares las inclinaciones y costumbres manifestadas por los gobiernos, que no los yerros y afectos de los particulares estragan y corrompen las costumbres públicas. Porque el que las partes se estraguen juntamente con el todo cuando este se inclina á lo peor, es muy natural y consiguiente; y los yerros de los miembros hallan respecto del todo mucha defensa y auxilio en los bien morigerados. Ademas, aquellos á las casas de los particulares, para que en ellas no penetrase el dinero, les pusieron por guarda el miedo y la ley; pero no conservaron los ánimos insensibles é inflexibles al atractivo del dinero, sino que antes encendieron en todos el deseo de enriquecer, como de una cosa grande y honorífica. Mas de este y otros institutos de los Lacedemonios hemos tratado en otro escrito.

De los despojos consagró Lisandro en Delfos su retrato, y el de cada uno de los capitanes de las naves, y puso de oro las estrellas de los Dióscuros, las que ya no existian antes de la batalla de Leuctras. En el tesoro de Brasidas y de los Acancios habia ademas una galera de dos codos hecha de oro y marfil, la que le habia enviado Ciro de regalo en parabien de la victoria. Alejandro de Delfos refiere que existió allí un depósito de Lisandro en dinero de un talento, cincuenta y dos minas, y ademas once pesos; diciendo cosas que estan en oposicion con lo que generalmente se halla recibido por todos acerca de su pobreza. Llegando entonces el poder de Lisandro al punto que no habia llegado antes ninguno de los Griegos, parece que su arrogancia y orgullo sobrepujó todavía á su poder; porque, segun escribe Duris, las ciudades de la Grecia le erigieron altares como á un Dios, y le ofrecieron sacrificios. Fue asimismo el primero en cuyo honor se cantaron himnos, conservándose todavía en memoria uno que empezaba así:

Io pean, de Esparta la extendida

Al inclito caudillo celebremos,
Que es ornamento de la excelsa Grecia.

Los Samios decretaron que las fiestas llamadas entre ellos Junonias en adelante se llamasen Lisandrias. Tuvo siempre consigo á uno de los ciudadanos, llamado Cirilo, para que exornase con la poesía sus hazañas. A Antilocco, que hizo en su loor ciertos versos, le regaló un sombrero lleno de dinero; y de Antimaco Colofonio y Nicerato Heraacleota, que con sus poemas entablaron un combate, al que llamaron juego Lisandrio, dió á Nicerato la corona; de lo que sentido Antimaco, quemó su poema. Platon, que entonces era todavía jóven, y que tenia en mucho á Antimaco por su habilidad en la poesía, como viese que este llevaba mal el haber sido vencido, trató de alentarle y consolarle, diciendo que la ignorancia á quien dañaba era á los ignorantes, como la ceguera á los que no ven. Llegó á tanto, que Aristonoo el citarista, que habia vencido seis veces en los juegos píticos, dijo á Lisandro por aduacion, que si venciese otra vez se haria pregonar esclavo de Lisandro.

Mas la ambicion de Lisandro solo era incómoda á los grandes y á sus iguales; pero el orgullo y crueza que acompañaban á su ambicion, fomentados por el tropel de aduladores, hacian que ni en el premio ni en el castigo hubiese para él regla alguna; sino que los premios de la amistad y hospitalidad eran una autoridad ilimitada y una tiranía insufrible; y para el encono solo habia un modo de satisfacerlo, que era la muerte del que era de otro partido; pues ni huir se concedia. Así es que mas adelante, temiendo no huiesen los Milesios que servian las magistraturas, y queriendo atraer á los que se habian ocultado, juró que no los ofenderia; y como con esta confianza viniesen y se presentasen, los entregó á los oligarcas para que los degollasen, no bajando su número de ochocientos entre todos. En las demas ciudades eran igualmente innumerables las muertes de los demócratas, quitándoles la vida, no solo por causa particular que con él tuviesen, sino complaciendo y sirviendo con estos asesinatos á las enemistades y deseos de los amigos que tenia en todas partes. Por tanto con razon fue